

CAPÍTULO X

ESTEBAN BLACKPOOL

Tengo la debilidad de creer que el pueblo inglés está condenado á una labor tan ruda como los pueblos para los que brilla el sol. Es como una idiosincrasia, una debilidad personal, si quereis, lo que hace que tome yo por los trabajadores un interés especial.

En el barrio más laborioso de Cokeville, detrás de las fortificaciones de aquella fea ciudadela, de donde algunos montones de ladrillos superpuestos apartaron á la naturaleza, teniendo aprisionada una atmósfera de miasmas y de gas mefíticos; en el centro de ese laberinto de callejuelas, hacinadas unas sobre otras, después de venir al mundo una á una, presurosas como estaban de responder á la necesidad de tal ó cual ciudadano; en el fondo y en el rincón más malsano de ese vasto recipiente insalubre, donde las chimeneas, ahogadas por la falta de aire, habían tenido que tomar una multitud de formas achaparradas y encorvadas, como si cada casa quisiera anunciar, por medio de tal enseña, qué clase de gente podía verse salir

del interior; entre la vil multitud de Cokeville, á la que se llama genéricamente los Brazos (raza que ciertas personas verían con buenos ojos, si la Providencia hubiese creído oportuno no concederle brazos ó, como á los moluscos de las orillas del mar, un estómago extraordinario) habitaba un tal Esteban Blackpool, de cuarenta años de edad.

Este hombre parecía tener más, pero había llevado una vida muy laboriosa. Se ha dicho que toda existencia tiene sus rosas y sus espinas; pero aquí, por razón de un desprecio de que era víctima Esteban, precisaba que otro acaparase las rosas del obrero, mientras que éste había tenido la mala suerte de acaparar las espinas de aquél, además de la parte que le correspondía. Para emplear su frase, diré que había tenido un montón de desgracias. Se le llamaba ordinariamente el viejo Esteban, lo que constituía una especie de homenaje á la tristeza que le causaba esta vejez prematura.

Era un hombre algo encorvado, de frente arrugada, de aspecto soñador, con una gran cabeza, cubierta por largos y escasos cabellos grises, de un gris de hierro. El viejo Esteban hubiera podido pasar por un hombre muy inteligente entre los individuos de su condición. Y, sin embargo, no se lo hacía valer. No

figuraba entre esos Brazos notables que, aprovechando los pocos intervalos de ocio en muchos años, llegaban á iniciarse en alguna ciencia difícil ó á adquirir conocimientos que no parecían de su condición. No se contaba entre los Brazos que saben pronunciar discursos ó presidir una asamblea. Miles de compañeros suyos sabían expresarse mejor que él en tales ocasiones. Era un buen tejedor mecánico y hombre de integridad perfecta. ¿Ateseraba algo mejor? ¿Cuáles eran sus demás cualidades, si reunía ciertamente otras? Dejemos que se encargue él mismo de hacérselo saber.

Todas las luces de esas grandes fábricas, que por la noche, cuando estaban encendidas, semejaban castillos encantados (al menos lo decían así los viajeros en tren expreso) acababan de extinguirse, y las campanas habían anunciado el fin de la jornada de trabajo, para volver á empezar al día siguiente; y los Brazos, hombres y mujeres, chicos y chicas, volvían á sus casas, haciendo resonar el pavimento con los pies. El viejo Esteban aguardaba en la calle, experimentando la sensación que despierta el cese del movimiento mecánico, sensación particular, en efecto, y que le hacía creer que el movimiento seguía y se paraba cada noche en su cabeza, como en la maquinaria.

— No veo aun á Raquel — se dijo.

Llovía, y muchos grupos de mujeres pasaron cerca de él, con sus mantones vueltos del revés y colocados encima de sus cabezas desnudas, reteniéndolos con la mano en la barba, para preservar el rostro de la lluvia. Era preciso que conociera bien á Raquel, pues le bastaba una mirada dirigida á uno de esos grupos para cerciorarse de que no formaba parte de él. Luego no pasó ninguno más. Entonces se alejó á su vez, murmurando con acento desazonado.

— ¡Vamos, que también la he dejado pasar!

No bien recorrió la extensión de tres calles, fijóse en una de aquellas figuras, medio escondidas en su manto, y la examinó con tanta atención, que tal vez debió bastarle ver la sombra dudosa, para reconocerla, reflejándose en el pavimento húmedo, si sus movimientos precipitados no se le hubieran echado á perder. Andando entonces con paso rápido y menos ruidoso, lanzóse de ese modo hasta llegar junto á aquella mujer; después recobró su andar primitivo, y llamó: « ¡Raquel! »

Esta se volvió, encontrándose entonces bajo la luz de una lámpara; y, levantando un poco su capucha, dejó ver un rostro ovalado, de fisonomía agradable, de tez morena y delicada,

con un par de ojos animándola dulcemente y unos cabellos alisados que la embellecían. Este semblante no tenía el brillo de la juventud, pues era ya el de una mujer de treinta y cinco años.

— Ah, muchacho, ¿eres tú?

Después de pronunciar estas palabras, con una sonrisa fácil de leer en su rostro y en sus ojos, volvió á colocarse el capuchón y andaron juntos el camino.

— Creía que ibas detrás de mí, Raquel.

— No.

— ¿Has salido temprano esta noche?

— A veces salgo un poco antes, Esteban; á veces un poco tarde. No puedo saber nunca la hora en que iré á casa.

— ¿Ni tampoco la hora en que sales, por lo que parece, Raquel?

— No, Esteban.

La contempló con una expresión que denunciaba cierta contrariedad, así como la convicción respetuosa de que ella estaba en lo justo, hiciera lo que hiciese. Esta expresión no escapó á la mirada de Raquel, que puso una mano ligera en el brazo de su compañero, como dándole las gracias.

— Somos tan buenos amigos, muchacho mío, y nos vamos haciendo ya tan viejos...

— ¿Tú, Raquel? Eres más joven que nunca.

— Nos sentiríamos un poco embarazados, si envejeciéramos el uno sin el otro, Esteban, mientras vivimos — respondió ella, riendo. — Pero somos, en todo caso, amigos tan viejos, que sería gran pecado y mucha lástima ocultarnos el uno al otro una palabra de buena verdad. Vale más que no nos paseemos juntos. ¡Oh! ya llegará el tiempo. Sería, en verdad, muy cruel que perdiéramos la esperanza — dijo ella con dulce alegría, que trataba de comunicar á su amigo.

— De todos modos es muy duro, Raquel.

— Procura no pensar en ello, y así no lo hallarás tan pesado.

— Tiempo hace que lo intento, pero no lo consigo. Y tú tienes razón: pueden charlar mal de ti. Has sido un consuelo tal para mí, Raquel, me has hecho tanto bien y me han animado tanto tus alegres palabras, que tu voluntad es ley para mí. ¡Ah, sí, hija mía, una ley buena y agradable!

— No te atormentes con esas ideas, Esteban — respondió ella vivamente y con la mirada algo inquieta. — Deja tranquilas á las leyes.

— Si, sí — dijo él, moviendo lentamente la cabeza, dos ó tres veces. — Dejémoslas tranquilas; dejémoslo todo tranquilo, porque todo es un lodazal, y no otra cosa.

— ¡ Siempre un lodazal ! — dijo Raquel, volviendo á tocarle dulcemente el brazo, para distraerle de la meditación, durante la cual, mientras andaba, iba mordiendo la cola de su corbata, anudada con descuido al rededor de su cuello. Este contacto produjo un efecto correlativo. Dejó caer el extremo del pañuelo, que tenía entre sus dientes, volvió el rostro hacia ella, sonriendo, y prosiguió con halagüeño acento :

— Sí, Raquel, hija mía ; siempre un lodazal ! No salgo de ahí. Vuelvo constantemente al lodazal. Me pongo á chapotear y no saco nada.

Habían andado ya bastante y estaban cerca de su habitación respectiva. La de la mujer era más próxima : Raquel vivía en una de estas numerosas callejuelas, para las que el empresario de funerales más en boga (el cual ganaba una pequeña, aunque bonita suma por las pompas fúnebres de aquella vecindad) tenía siempre dispuesta una escalera negra, para ayudar á los que, al fin, habían logrado subir ó bajar á tuestas por los escalones estrechos, de manera que pudiesen pasar más cómodamente de este mundo al otro. Se detuvo ella en un rincón y, estrechándole la mano, le dió las buenas noches.

— Buenas noches, mi querida Raquel, buenas noches.

Bajó ella por la calle oscura, con su aspecto sencillo y cuidadoso, con andar sereno y modesto. El la siguió con los ojos, hasta que desapareció en una casa humilde de allí cerca. No había ondulación de aquel chal que no cobrara interés á los ojos de Esteban ; ni sonido de aquella voz que no despertase un eco en su corazón.

Cuando la hubo perdido de vista, prosiguió su camino, en dirección á su casa, mirando al cielo de vez en cuando. Las nubes se amontonaban en él rápida é impetuosamente. Pero de pronto el tiempo abonanzó, cesando la lluvia, y la luna, con su brillo, parecía mirar curiosamente, por el fondo de las altas chimeneas de Cokeville, los vastos hornos emplazados debajo de ella, al paso que dibujaba gigantescas sombras de maquinaria en las paredes interiores de las fábricas. La frente del obrero parecía iluminarse, lo mismo que el cielo, mientras avanzaba.

Su habitación, situada en una calle muy pa-
recida á la primera, solo que era más estrecha,
se hallaba encima de una tienda pequeña.
¿ Cómo era posible que la gente se dignase com-
prar ó vender los miserables juguetes, que en

las vitrinas estaban confundidos con periódicos de á perra chica y con pedazos de manteca (Hasta se veía allí una pierna de cerdo, que debía sortearse el día siguiente) Poco nos importa saberlo ahora. Esteban buscó, en un anaquel, un cabo de bujía, encendiéndolo en otro cabo, que ardía en el mostrador, sin molestar á la dueña del almacén, la cual estaba medio dormida, y subió por la escalera á su alojamiento.

Este se componía de un cuarto, cuyos inquilinos anteriores no dejaron, al pasar por él, de trabar relaciones con la escalera lúgubre, de que antes he hablado; estaba tan bien acondicionado, en aquel momento, como podía estarlo semejante cuchitril. En un rincón, sobre un viejo pupitre, veíanse varios libros y algunas páginas de escritura. El mueblaje era suficiente. Si bien la atmósfera estaba viciada, el cuarto se veía limpio.

Al dirigirse á la chimenea, para colocar la bugía en una mesa de tres pies, que se encontraba cerca de allí, Esteban tropezó con algo. Retrocedió, bajando la luz al suelo, y vió que aquel algo se movía y tomaba forma de una mujer sentada.

— ¡Bondad de Dios, mujer! — exclamó, apartándose. — ¡Cómo te atreves á volver!

Era, en verdad, una mujer; pero ¡qué mujer! Una criatura perdida, borracha, á duras penas capaz de mantenerse en la actitud que tomara, apoyando una mano sucia y asquerosa en el suelo, mientras que, con la otra, hacía torpes esfuerzos para apartar de la cara los cabellos desgñados, no consiguiendo otra cosa que ensuciarse más en el barro que los mancillaba; una criatura tan repulsiva en sus harapos, sus manchas y salpicaduras, y aun más por su degradación moral, que daba vergüenza verla.

Después de lanzar dos ó tres juramentos de impaciencia y de agarrarse los cabellos con la mano suelta, logró separarlos y distinguir al obrero. Después, permaneciendo sentada, balanceó el cuerpo por delante, por detrás y, con su brazo impotente, hizo gestos que parecían tener que acompañarse de risas, aunque el rostro conservara su expresión dormida y atontada.

— ¡Eh! ¿Muchacho, eres tú?

Algunos sonidos roncós, que trataran de enunciar palabras, salieron, por fin, de la garganta de aquella mujer, con tono burlón, dejando ella caer su cabeza sobre el pecho.

— ¿Si he vuelto? — gritó ella, al cabo de algunos instantes, como si Esteban hubiera pronunciado sólo estas palabras. — ¡Sí! y vol-

veré aun. Volveré siempre. ¿Si he vuelto? Si, aquí me tienes. Y ¿por qué no?

Reanimada por la violencia con que gritara estas palabras, pudo levantarse, no sin trabajo, y quedar en pie, con las espaldas apoyadas en la pared; dejando colgar á un lado, por las carrilleras, un fragmento de sombrero que parecía como si lo hubieran recogido en un estercolero. Mientras lo miraba, quería dar á su rostro una expresión de desprecio.

— Vuelvo para vender todo lo que tienes y luego vendré otra vez, hasta veinte — gritó ella, con ademán parecido á una amenaza y al de una danza báquica. — ¡Quítate de ahí! (Esteban, con la cara escondida en sus manos, se había sentado al extremo de la cama.) ¡Quítate de ahí! Esta es mi cama y tengo derecho á acostarme en ella.

Avanzó, tropezando. El se escabulló, tembloroso, con la cara siempre escondida, pasando al otro extremo de la habitación. Ella se echó en la cama y él la oyó pronto roncar. Esteban se dejó caer sobre una silla, que sólo abandonó una vez durante la noche. Ello fué para echar una manta sobre aquella mujer, como si las manos que cubrían su rostro no le bastaran para alejarla de su vista, ni en medio de la oscuridad.

CAPÍTULO XI

NO HAY MEDIO DE LOGRARLO

De repente los palacios encantados se iluminan, y aún la pálida mañana no ha permitido ver las monstruosas serpientes de humo que se deslizan sobre Cokeville. El ruido de los zuecos en la acera, el rápido sonido de las campanas y las máquinas, parecidas á elefantes melancólicos, limpias y provistas de aceite para el trabajo del día, vuelven á empezar su ejercicio pesado.

Esteban está inclinado sobre su telar, atento, tranquilo y sin distraerse. Como los demás hombres ocupados en esta selva de telares, forma un contraste extraño con la maquinaria ruidosa, violenta y estallante, en la que trabaja. No tengais miedo, buenas gentes que todo lo temeis, no tengais miedo de que el arte consiga hacer olvidar á la naturaleza. Colocad en cualquier sitio, á un lado y á otro, la obra de Dios y la obra de los hombres, y el primero, aunque no esté representado más que por un pequeño grupo de operarios, gente de poco más ó menos, ganará en dignidad gracias á esta comparación.